



El pájaro que se dejó matar

Cuando se emitían por TV aquellos episodios de Félix Rodríguez de la Fuente, si no recuerdo mal de la serie «El hombre y la tierra», hubo uno que a primera vista no parecía tener mayor importancia, pero que a mí me dejó profundamente marcado. A pesar del tiempo transcurrido y cuando ya este hombre extraordinario ha pasado a mejor vida y que aún sigue teniendo mi respeto y admiración por el profundo amor que demostró a los animales, este episodio, digo, no lo he podido olvidar.

Se trataba en este episodio de un pájaro, un poco mayor que una paloma, que estaba vigilando, como buen padre, el nido en que la hembra estaba cuidando a sus polluelos.

Hasta aquí la cosa es muy normal, pero el drama no tardaría en presentarse cuando, surcando el cielo, majestuosamente apareció un águila que podía caer en cualquier momento sobre el nido. Para el pájaro-padre, que estaba haciendo guardia, el peligro era inminente, todo estaba en el tiempo que tardaría el águila en descubrir la presa, que era la madre con sus crías.

El padre-pájaro adivinó enseguida lo que iba a pasar y ni corto ni perezoso, empezó a dar unas pasadas ante el enemigo con el afán marcadísimo de alejarlo de allí. Y no sé si el animal sabía lo que se le venía encima o si ignoraba el peligro que se cernía sobre él; lo que sí vi era a un padre lleno de amor, defendiendo su nido y su familia. Y consiguió lo que se proponía: alejó al águila, pero ¡Dios mío!, a costa de su propia vida. Al final el águila cayó sobre él y lo mató. El drama se había consumado.

Es esta una situación tan clara que no necesita comentario si no fuera porque el hombre, -hombre en sentido genérico- llegada esta circunstancia, muchísimos, no cumplen con su condición de hombre-padre-defensor, como ente humano y como rey de la creación, con una conciencia-brújula que le sitúa en cualquier punto cardinal de sus actos. Pero quién puede hablar de conciencia a quien la vida del prójimo le tiene sin cuidado y menos aún de ese niño que se está formando en el vientre de su madre y que está a merced, no del águila que va a matar al polluelo, sino de su propia madre. Puede que sin alevosía, puede que sin suficiente meditación, por una falta de cultura o por un exceso de cultura, que todo puede ser, que se ve amenazada por una sociedad y unas circunstancias que, a la larga, opera de una manera negativa sobre esa misma sociedad. De esa parte de la sociedad que se agarra a los supuestos constitucionales para salir indemne de la empresa. Para deshacer lo que se está gestando al amor de esa vida y de esa madre, que rechaza olim-

picamente lo que durante siglos ha ennoblecido a la mujer: su maternidad. Y ese ser indefenso, que palpita en su vientre, ese que algún día pudo ser un gran hombre, un estadista, un artista, un papa o un santo. Ha sido derrotado principalmente por una falta de amor, y después por unos supuestos absurdos, que llevan dentro de sí el germen de la disolución de los cuerpos y de las almas.

Yo no puedo hacer nada para remediar esto. Pienso, escribo y digo, pero ahí termina todo, pues hay unas leyes que amparan a los que son partidarios de estas tremendas situaciones. Pero creo que el pecado lleva en sí la penitencia de que esa mujer, ese hombre, atea o creyente, sin Dios o con Dios, ha perdido su felicidad para siempre. Podrá fingir, decir que se ha quedado como si tal cosa porque era un feto que no tenía ninguna importancia, pero en el subsuelo de su alma, allá donde nuestras mentiras no sirven de nada, habrá siempre una sombra que se levantará, que la envolverá para echarle en cara su pecado.

La vida de los seres humanos no es una ley promulgada, ni unos postulados políticos. Es algo más: es el corazón, la sensibilidad, la pureza de intenciones, su alma y Dios.

Y no nos engañemos, por muy europeos que seamos, por muchas naciones civilizadas que se nos pongan como ejemplos, si lo haces sin sentir remordimiento, que Dios te perdone; vales menos que un pájaro.

Nonato

Si con falta de amor fui concebido,
quién me segó la vida, qué decreto
me ha negado su apoyo y su respeto,
antes de dar dolor, de haber nacido.

Quién no quiso, por leyes permitido,
que luciera mis dones al completo,
quién antes de nacer me quiso quieto,
quién me dejó en piltrafa, quién ha sido.

Fue mi madre, Señor, para su asueto,
qué destruyó mi alma con su mente,
antes de conformarse mi esqueleto.

Me quedé sin nacer, como panfleto
de una madre que mata a un inocente,
por el mero delito de ser feto.

Antonio Iniesta